

mitisteis que muriese yo en un estado tan funesto, porque mi muerte, que habría sido eterna, hubiera traspasado las entrañas de mi madre con incurable herida.... Y por otra parte, ¿en qué habrían parado sus oraciones tan vivas, tan continuas y que á Vos solo buscaban? ¿Y qué? ¿Vos, Señor y Dios de las misericordias, habríais menospreciado las lágrimas y el corazón contrito y humillado de una viuda casta y sobria, que hacía tantas limosnas, que servía con tanta voluntad á vuestros santos, que no dejaba pasar un solo día sin contribuir con su ofrenda al sacrificio del altar, que acudía á vuestro templo diariamente, á la mañana y á la tarde, no para entretenerse en vanas conversaciones, sino para escuchar vuestra palabra y para que Vos escucharais sus oraciones? Lágrimas como las tuyas, con las cuales no os pedía oro ni plata, ni cosa alguna percedera, sino solamente la salud del alma de su hijo, ¿habríais desatendido y rechazado? ¡Oh! ¡no, Dios mío! Esto no era posible, esto no sucederá jamás. Así que Vos oísteis á mi piadosa madre y dispusisteis hacer lo que os pedía, pero procediendo según el orden inmutable de vuestra soberana voluntad.»¹

Aquí tenéis, madres católicas, la oración eficaz, la oración infalible en sus efectos, y es la que nace de un corazón, como el de Mónica, totalmente desasido de la vanidad del mundo, consagrado á Dios y henchido de caridad con el prójimo. Porque aquella santa mujer era la madre y hasta la esclava de los pobres, la consoladora de los afligidos, el ángel tutelar de los enfermos, el amparo de los huérfanos. ¿Quién no ve en este último rasgo, dice un moderno historiógrafo, una

¹ Conf. lib. 5, cap. 9.

de las más bellas inspiraciones del corazón de madre, y de madre afligida?¹ Mónica daba á Dios estos hijos adoptivos, para que Dios le devolviese á su Agustín; infundía la fe y la virtud en estas tiernas almas, para obtener del cielo la conservación de la fe y el renacimiento del amor divino en el corazón de su hijo. He ahí vuestro modelo: imitad la oración de la Bienaventurada Mónica, pero tened también en cuenta su pasmosa abnegación, asunto de la segunda parte.

II.

8. Porque no le basta, cristianos, á una madre católica que quiere á todo trance salvar el alma de sus hijos, orar por ellos y derretirse en lágrimas; debe también inmolarse en el altar del sacrificio. ¡Sacrificio! Esta palabra no puede asustar á las madres; que bien saben ellas lo que significa el augusto renombre de la maternidad. Y, supuesto que Dios les ha infundido aquel amor inmenso, incomparable, sin rival sobre la tierra; ¿habríales negado el valor para sacrificarse y sacrificarlo todo por el bien del adorado hijo? ¡Ah! no es posible imaginar tal cosa. Mirad á vuestra Mónica. Ninguna madre se sacrificó tanto como ella, acaso porque pocas amaron tanto y tan de veras. «Jamás podré explicar, dice el santo Doctor, el amor que me tenía, y cómo procuraba dar á mi alma el ser y la vida de la gracia, aun con más dolores que los que tuvo al darme á luz.»² Mónica no parece satisfecha con llenar cumplidamente los deberes que señala el Apóstol á las madres de familia respecto al cuidado de educar á los hijos en el temor y amor de Dios³, sino que se inmola por ellos con-

¹ Bougaud 1. c. cap. 5.

² Conf. lib. 5, cap. 9.

³ I Tim. 5, 3 sqq.

sagrándoles todos los instantes de su vida; y, cuando llega á verse libre de los deberes para con su esposo, muerto el afortunado Patricio, ya casi no alienta sino para sus hijos, para Agustín principalmente, como quien más lo necesita. Tres frutos de bendición concedió el Señor á esta madre ilustre; y, supuesto que todos tres ascendieron al sumo honor de los altares, fácil es adivinar el esmero con que empezó á educarlos desde la misma cuna. Navigio y Perpetua no exigieron, ciertamente, extraordinarios sacrificios de parte de su madre, dotados como estaban de caracteres blandos y sumisos. Pero en cuanto al primogénito Agustín, el hijo de sus dolores, admirad, señoras cristianas, en la breve reseña que voy á trazaros de la vida de Santa Mónica, una no interrumpida serie de heroicos sacrificios. Desde el punto mismo que le sintió palpitar en su seno, dice San Francisco de Sales, ella le consagró con repetidas ofertas á la religión cristiana y al servicio de la gloria de Dios¹.

9. Apenas nacido el niño, hácele conducir á la iglesia, no ya para que reciba el bautismo, que la costumbre de aquel tiempo no permitía administrar al recién nacido, sino para ofrecerlo públicamente al Señor é inscribirlo en el número de los catecúmenos, imprimiéndole la cruz sobre la frente y poniéndole la sal, símbolo de la fe, en los labios². Vuelto á sus brazos, la piadosa madre, que no le confía á los ajenos, le da á gustar el alimento de su propia substancia, y con la leche maternal va infundiéndole, entre besos y caricias, el amor á Jesucristo. Y ¿cómo no, si en los ojos de su madre lee

¹ Introd. á la Vida dev. parte III, c. 3.

² *Bougaud* l. c. cap. 3.

aquel dichoso niño la fe, la pureza y todas las virtudes? Tras los desvelos de la infancia viene la niñez rodeada de encantos, pero también erizada de peligros para todos los hombres, y más aún para quienes, como Agustín, no tienen la fortuna de ver en el autor de sus días un hombre digno de su madre. Patricio, á quien ya conocemos, sobre ser de carácter brutal y relajadas costumbres, era, á fuer de buen pagano, indiferente en religión; y el pequeño niño, dotado de precoz inteligencia, iba á abrir los ojos en medio de aquellos escándalos domésticos para entrar en seguida en una sociedad todavía semipagana, carcomida por la corrupción. ¡Qué situación tan difícil y angustiosa para Mónica! Mas ¿cómo salvarla? Solamente adelantándose, como ella supo hacerlo, á formar la conciencia del niño antes que apuntase la razón, infundiéndole principios de virtud tan sólidos y bien arraigados que pudiesen servirle de áncora de salvación en las deshechas borrascas de la vida.

Entre tanto el niño iba creciendo, y era ya preciso buscar fuera del techo paterno los elementos necesarios para darle la educación científica y literaria que convenía á su clase. Mientras permaneció Agustín en la ciudad natal, bajo la vigilancia de su madre, adquiriendo los primeros conocimientos, el peligro no se presentó tan grave para su inocencia. Pero ¡ay! Tagaste era demasiado pequeño teatro para la vasta capacidad de aquel adolescente, y la ambición del padre gentil no reparaba en peligros cuando se trataba de abrir al hijo una brillante carrera. Arrancóle, pues, todavía muy tierno del lado de Mónica para enviarle á las doctas escuelas de Madaure. Grandes fueron, sin duda, sus adelantos en las letras; pero ¿fueron acaso menores sus pérdidas

en la virtud? Llegado Agustín á la edad de las pasiones, excitadas violentamente por la misma índole de los estudios á que estaba dedicado, lejos de su santa madre, no viendo en derredor más que ejemplos corruptores, ¿qué había de sobrevenirle sino la ruina de la virtud y el imperio ominoso del vicio? «¿Qué maravilla, exclama el mismo Santo, que me perdiese dejándome arrastrar de las vanidades, y que anduviese tan apartado de Vos, Dios mío, en un tiempo en que se me proponían por modelos hombres que se habrían avergonzado de confesar una buena acción, mientras que, empleando en la relación de sus desórdenes licenciosos toda la magia y brillantez del estilo, se jactaban y regocijaban de los aplausos que por ello recibían?»¹ Con un corazón tan apasionado como el suyo era moralmente imposible que no se dejase arrastrar el pobre Agustín á los excesos vergonzosos del amor impuro, careciendo en situación tan crítica, del contrapeso de los auxilios religiosos y de la presencia de su madre. Y, si esto pasaba en la pequeña ciudad de Madaure, ¿qué debía suceder en la populosa Cartago, adonde hubo de llevarle la necesidad de coronar con brillo su carrera literaria? Bien conocido es del mundo entero, pues el Santo penitente lo ha divulgado en el libro de sus Confesiones, el abismo de errores y desórdenes en que cayó y permaneció desde la edad de dieciocho años hasta la de treinta y cuatro, época de su maravillosa conversión.

10. Y ¿qué hacía entre tanto la infortunada madre, cuyo celo y vigilantísimos cuidados no habían bastado á salvar á Agustín de aquella espantosa catástrofe? ¿Qué hacía, amadísimos oyentes? Pues todo cuanto es dado

¹ Conf. lib. 1.

hacer á una madre en tan terrible situación: llorar sin tasa y ofrendar sus lágrimas al que es consuelo de los afligidos y salud de los que en él esperan¹; inmolarse totalmente en la presencia del Señor, en calidad de voluntaria víctima, por la salvación del hijo, y apartar de él, si otra cosa no podía, los rayos de la divina Justicia. Hacía más: llorarle al mismo Agustín, aconsejarle, exhortarle con la elocuencia del corazón maternal destrozado. Alguna vez le hace sentir el peso de su santa indignación arrojándole de casa; síguelè en fin á todas partes á costa de infinitas molestias y trabajos, no sufriendole el corazón dejar al hijo ciego en poder de su consejo. Sabiendo Mónica que Agustín anda en proyectos de hacerse á la vela para Roma en busca de aplausos y fortuna, vuela á Cartago, estremecida á la sola idea del inminente peligro que va á correr en aquella Babilonia donde el paganismo conserva todavía todo su imperio en las costumbres, y es el foco de la más abominable corrupción. Imposible describir los esfuerzos agotados por aquella madre heroica para hacer desistir á su hijo de tan funesto viaje. No pudiendo lograrlo, determina acompañarlo á todo trance; mas ¡ay! que Agustín la deja burlada en la ribera del mar, aprovechando para partir solo con un amigo el instante en que la buena madre rogaba por él en la vecina capilla de San Cipriano. Cuando Mónica advierte la fuga del mancebo, enloquecida de dolor acusa al hijo de mentiroso y cruel, pero vuelve luego á encerrarse en la soledad á derramar aquellos torrentes de lágrimas con que bañaba la tierra diariamente².

¹ Eccl. in orat. festi B. Monicæ.

² Conf. lib. 5, cap. 8.

Después de estos sucesos, ¿qué más sacrificios podían exigirse de aquella madre separada de su hijo, por cuatrocientas leguas de distancia? ¿No debía en adelante contentarse con perseverar en la oración y abandonar todo el cuidado del hijo pródigo en manos de la Providencia? Así habría podido discurrir otra madre que no fuese Santa Mónica. Á ésta hacíasele insoponible la vida lejos de aquel hijo cada vez más extraviado y expuesto á gravísimo peligro de eterna perdición, como le aconteció en la enfermedad que lo condujo á las puertas del sepulcro y aun del infierno, dice el Santo¹. Un año había pasado en mortales angustias; y, no pudiendo resistir más á los apremios del amor divino, más bien que al impulso del cariño natural, resolvióse á partir en busca de Agustín, lanzándose sola y pobre á los azares de una navegación tan peligrosa. Dios quiso acrecentar el valor de aquel sacrificio permitiendo á los vientos desencadenarse y agitar los mares con tan furiosa tormenta, que los mismos marineros temblaban, mientras que la mujer fuerte, segura en lo más recio del peligro, infundía aliento en los medrosos tripulantes.

11. Ya tenéis á Mónica en Italia, ya llega á Roma, y ya parece que quiere el Señor recompensar tan grandes sacrificios con la suspirada conversión del hijo. Pero ¡ay, hermanos míos! ¡cuántos nuevos sacrificios le exige Dios todavía por espacio de dos años enteros! Todavía tiene que emprender Mónica viaje por tierra, viaje de doscientas leguas, desde Roma hasta Milán, y aquí permanecer al lado de su hijo, sosteniéndolo en aquellas tremendas y postreras luchas que han de preceder á la

¹ Conf. lib. 5, cap. 9.

final victoria de la gracia. ¿Quién podrá pintar esos años, los postreros también de la vida de la Santa, tan llenos de merecimientos como de angustias y penas interiores? ¿No fué entonces cuando, como Agustín agonizaba en la suprema crisis de su vida, así Mónica padecía congojas de muerte, no pudiendo desamparar al hijo agitado por contrarios vientos en medio de majestuosa tempestad moral? Sin duda que fué así, mis amados oyentes, y esta prueba nos da la medida más aproximada de la sublime abnegación de nuestra Santa. Baste decir que, después de innumerables inmolaciones, tuvo que inmolar hasta aquella natural impaciencia con que hubiera querido apresurar una hora siquiera la conversión del hijo, sometiéndose á la divina disposición en cuanto al tiempo y modo con que esta célebre conversión debía obrarse. Pero en esta dilación de un día y otro día, ¡qué sacrificio tan costoso para el corazón de una madre como aquélla! Vosotras lo podéis medir, madres católicas. Lució por fin el día felicísimo para Mónica, para la Iglesia, para el mundo entero, en que, completamente transfigurado Agustín, salió de la pila del bautismo, entonando á una voz con San Ambrosio el *Te Deum laudamus*, para ser la primera antorcha del cristianismo desde la cátedra pontifical de Hipona. Entonces Mónica se apresuró á volar á las regiones de la eternidad. Ya había cumplido su misión de madre cristiana, ya había devuelto á Dios el hijo que le robara el pecado.

12. ¡Dichosa madre! ¡mujer verdaderamente fuerte! ¿Qué lengua ensalzará dignamente tus virtudes? Ninguna, ciertamente, mejor que la del mismo Agustín, que supo como nadie apreciar la grandeza de tu corazón. Vosotras, madres católicas, no contentas con encomiarla

y bendecirla, debéis aspirar á la gloria de imitarla, pues á vosotras os la da el Señor por modelo al mismo tiempo que por patrona y abogada. Imitad su fe, su confianza, su fervor en la oración; imitad su espíritu de sacrificio, su generosidad y constancia para inmolarse á cada instante por la salvación de su hijo; y, no lo dudéis, también vosotras mereceréis ser atendidas del Padre de las misericordias; y, logrando el supremo anhelo de toda madre, la felicidad de vuestros hijos, labraréis juntamente vuestra propia y verdadera felicidad en esta vida y en la eterna, según la indefectible sentencia del Apóstol: *Salvaráse la mujer por medio de los hijos, con tal que persevere en la fe y la caridad, y se santifique por la templanza y la mortificación*¹. Es la gracia que á todas os deseo, etc.

PANEGÍRICO DE SAN PEDRO CLAVER

(predicado en su iglesia, en Cartagena, Col., septiembre de 1901).

El Apóstol santificado por la caridad.

Maiores caritatem nemo habet, quam ut animam suam ponat...

Nadie tiene amor más grande, que el que da su vida...

10. 15. 13.

1. ¡Día eternamente memorable en los anales de la Heroica², el 8 de septiembre de 1654! Trasladámonos con la imaginación á aquella fecha, doscientos y cincuenta años distante de nosotros. Las muchedumbres de toda clase, edad y condición social se agolpan en las calles

¹ 1 Tim. 2, 14.

² Título decretado á la ciudad de Cartagena.

y plazas contiguas á este mismo templo donde estamos ahora reunidos, ¡en cuán distinto número! El entusiasmo que despiertan las grandes causas, la religión — la mayor de todas —, mal reprimido por el dolor y la consternación, se ve pintado en todos los semblantes, se desborda de los corazones, pone en confuso movimiento á millares de hombres, mujeres y niños que entran, salen, se atropellan sin casi saber por qué avanzan ni por qué retroceden... ¿Qué sucede, pues, señores? ¿qué pasa en ese día que así trae agitada á la rica y comercial Cartagena? ¿Quién no lo sabe, si á gritos lo publican las lenguas de todos? «¡El Santo ha muerto!» dicen, «¡ha muerto el Padre Claver! ¡hemos perdido á nuestro Padre!» Sí, todos á una, pobres y ricos, lloran á lágrima viva la muerte del varón santo á quien por tal aclaman todos, porque todos lo han visto, porque la santidad de Claver saltaba á los ojos, era de bulto, no podía esconderse ni aun entre las nieblas de su humildad profunda. Y ¿qué han visto en el Padre Claver esos millares de ojos que hoy le lloran? ¿qué ha visto Cartagena durante largos cuarenta años? Ha sido testigo y aun objeto de una caridad sin límites, de una caridad incomparable, de una caridad enaltecida por el cielo con estupendos milagros. Esto ha visto, y es bastante para la aclamación popular de la santidad del fiel imitador de Cristo, que ha bajado á la tumba, ¿qué digo, cristianos? que ha subido á los altares.

2. Sí, Cartagena no se equivocaba al canonizar por aclamación universal á su Apóstol, porque dos siglos más tarde la voz infalible de la Cátedra de Pedro lo había de hacer solemnemente, autorizándonos para tributarle culto de dulía é implorar su intercesión cerca del Todopoderoso. La memoria de Claver vive fresca